

Visión y Realidad

en

El Sueño

de

Herzl



Herzl despertó al pueblo judío y le dio conciencia de su fuerza, de su poder como entidad colectiva que podía y debía actuar, frente a las naciones, como una nación. Y proclamó ante el mundo lo que nadie se había atrevido a decirle hasta entonces: que el problema judío era un problema político, y sólo mediante soluciones políticas podía ser resuelto, en el marco de un estado en el que el pueblo judío pudiera reconstruir su antigua existencia nacional.

Esta se había interrumpido hacía casi veinte siglos, pero el pueblo judío sobrevivió. Cuando los imperios que le fueron contemporáneos eran un mero recuerdo histórico, el pueblo judío subsistía como tal, a pesar de la dispersión, de la opresión, de las persecuciones, de las matanzas que lo habían diezmado a través de los siglos. Los ghettos en que vivió encerrado desde la Edad Media eran el símbolo de aquella opresión, pero eran también el marco de su supervivencia, y esta situación se mantuvo inmutable, a través de la Edad Media y del proceso que conduce a la formación de la Europa moderna, hasta los albores del siglo XX.

EMANCIPACION Y ANTISEMITISMO

Con la Revolución Francesa, la Emancipación alcanzó también a los judíos de Occidente. No así en Europa Oriental, donde subsistían el ghetto y la opresión, signados por las restricciones y los pogroms característicos de la tiranía zarista. En la Europa ilustrada, los mejores espíritus podían abrigar la ilusión de que allí eso no se iba a repetir. Y he aquí que en el corazón de Europa, en la Francia de los Derechos del

Hombre, el antisemitismo aparece en toda su descarnada realidad. Y el brillante periodista vienés el joven judío triunfador en el mundo no judío, que sintió el impacto de esa desilusión, como fruto de ella iba a aportar a su pueblo, el instrumento para luchar contra esa realidad frente a la cual se rebelaba.

EL RETORNO A SION

El episodio es conocido. Teodoro Herzl, corresponsal en París de un gran diario de Viena, asiste al proceso Dreyfus y comprueba que no sólo el capitán judío era condenado injustamente, sino que esa condena injusta hallaba eco favorable en multitudes inflamadas por el odio. Dreyfus era condenado no por ser traidor sino por ser judío. Y eso sucedía en Francia, la cuna de la libertad.

A la luz de esta comprobación, Herzl analiza la situación de los judíos. Y llega a la conclusión de que la emancipación, lejos de resolverla, la había agravado. En el marco del ghetto, en el que los confinaba un mundo hostil, los judíos se habían mantenido como un pueblo unido apegado a su religión, a su cultura, a sus tradiciones, a la nostalgia de su pasado nacional, acendrado en la Biblia y en el recuerdo de los héroes de Israel. Pero cuando los muros del ghetto se agrietaron y cayeron, el judío se encontró, como individuo, sometido a un rechazo y a una hostilidad acaso aún más crueles, ya que al antisemitismo largamente arraigado se agregaban factores de competencia económica y de aislamiento social. "En nuestras patrias, dice, somos tachados de extranjeros, a menudo por

aquellos cuyas familias aún no habitaban el país cuando nuestros padres ya sufrían allí".

Frente a ese rechazo, la solución que concibe es la de la concentración del pueblo judío en su propio estado. Otros antes que él habían enunciado la idea, en libros considerados a justo título como sus precursores. Moisés Hess, en su libro "Roma y Jerusalén", articula el concepto del retorno a la gloria del pasado judío, como punto de partida para la reconstrucción de una existencia nacional, sólo posible mediante un estado propio. Frente a la desaparición del ghetto como marco de la vida judía, opone la idea nacional a la postura de aquellos que, a la espera del Mesías, niegan al pueblo judío la posibilidad de luchar por su destino como Nación.

Su idea, coincidente con los movimientos nacionales de Europa (a uno de los cuales, "La joven Alemania", él mismo pertenecía) inicia el movimiento de liberación nacional judío que iba a encontrar finalmente en Herzl a su hombre del destino y habría de movilizar a las masas judías desposeídas hacia su propia revolución.

León Pinsker, en su trabajo "Autoemancipación", se anticipa a la idea de Herzl de que los judíos no deben esperar la solución desde afuera, y que sólo será viable una emancipación edificada por el pueblo judío por sí mismo y en su propio territorio.

Teodoro Herzl no conocía los trabajos de estos y otros precursores. Se ha repetido una y otra vez que ello es de celebrar, porque él mismo afirmó que de conocer el trabajo de Pinsker no hubiera escrito "El Estado Judío". El hecho nuevo que él aporta es el impulso para la lucha por el estado propio, y el eco fervoroso que encuentra en las masas judías que ven en esa lucha política a que Herzl las llama una auténtica posibilidad de redención.

UNA POLITICA Y SUS INSTRUMENTOS

La grandeza de Herzl estriba sobre todo en que, a diferencia de los anteriores, además de escribir, realizó, además de enunciar la idea la puso en marcha, y creó los instrumentos para convertirla en realidad. Dio al pueblo judío una política, y una dirección para ejecutarla. El no tenerla le había hecho más daño que las persecuciones. Ahora la tenía. Con el Congreso Sionista, con la Organización Sionista, puso al pueblo judío de nuevo sobre el mapa del mundo, aún antes que pudiera retornar a su antiguo territorio nacional por el camino que él le señalaba. Y es característico del genio de Herzl que él intuyera que en el Congreso de Basilea había fundado el Estado Judío.

El retorno a Sión se había iniciado antes, pero hay un abismo entre el concepto con que se encarara hasta

entonces, y la intrepidez y la decisión con que Herzl lo emprendió, concebido como una lucha política a la luz del día, con la cabeza alta frente al mundo. La colonización agrícola emprendida en Eretz Israel dos décadas antes, limado por las dificultades de un medio extraño y hostil, el impulso generoso que la había promovido (incluso el de los "Biluim", su más honroso antecedente) había venido a parar en una empresa languidescente, basada en la filantropía. Lo cual no obstó para que cuando Herzl opuso a esa tímida colonización de tipo filantrópico su lucha por un estado reconocido por las potencias y garantizado por el derecho internacional, quienes la promovían lo denunciaran alarmados, tratándolo hasta de loco furioso. Quienes pretendían demostrar al Sultán que no tenían intenciones políticas; quienes se proponían llevar calladamente, casi secretamente, algunos cientos de inmigrantes a Palestina, ven aparecer de repente "a un soñador que proclama el establecimiento de un Estado Judío".

VISION DE HERZL Y REALIDAD DE ISRAEL

Respondieron las masas judías al llamado de Herzl. Una corriente ininterrumpida de jóvenes pioneros comenzó a afluir a la Tierra de Israel; y ya no se detuvo más. Y en cierto momento, estimulada por la acción de los organismos creados por Herzl, al antiguo impulso del retorno a la tierra, del retorno a la agricultura de la que el pueblo judío había sido mantenido apartado por milenios, se agregó un hecho decisivo: el trabajo judío; el retorno al trabajo manual, pivote de la colonización agrícola colectiva y del cooperativismo que se convirtieron en la espina dorsal de la construcción sionista en Eretz Israel. La autodefensa armada, impuesta por la necesidad de defender con el fusil lo que construían con sus manos, completó la imagen de esta empresa en que una avanzada del pueblo judío comenzaba "a forjar su propio destino".

Teodoro Herzl soñaba con un "Charter", con un documento que consagrara los derechos del pueblo judío a su estado en el antiguo territorio. Begó por él en incansables gestiones internacionales, y no lo logró. Pero la obra práctica que fue el fruto del movimiento que él puso en marcha, y los instrumentos que él creó, proveyeron la base para que, cuando las circunstancias históricas estaban maduras, surgiera, después de la Primera Guerra Mundial, el Hogar Nacional, y tras la Segunda Guerra Mundial, el Estado de Israel. La Declaración Balfour de 1917 y la Resolución de las Naciones Unidas de 1947 representan, en etapas sucesivas y tras duras y azarosas contingencias, la consagración internacional de la idea del Estado Judío. Pero antes de existir sobre el papel, la realidad del Estado judío se impuso por sí misma, como fruto de la obra de aquellos que respondieron al llamado de Teodoro Herzl. En estos 18 años se consolidó y expandió, en un proceso que sin duda habría colmado sus aspiraciones más entrañables.

GREGORIO VERBISKY